

IMPORTANTE: AL PÚBLICO

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de Abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los kioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA,
DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRÚN

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAS*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 214

50 cts.



¡HOMICIDA!

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Por LEATRICE JOY,
THOMAS MEIGHAN, etc.
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 214

¡HOMICIDA!

(MANSLAUGHTER, 1922)

Magnífica producción de CECIL B. DE MILLE, interpretada por los famosos artistas THOMAS MEIGHAN, LOIS WILSON, LEATRICE JOY y JULIA FAYE, entre otros.

Paramount Pictures Corporación

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

Programa AJURIA ESPECIAL

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

RICHARD TALMADGE





¡HOMICIDA!

Argumento de la película

Lidia Thorne tenía todo lo que deseaba, menos padres. Educada en un ambiente frívolo, no era ni buena ni mala, ni inocente ni criminal... Tenía la manía de la "velocidad" y apenas se preocupaba de otra cosa que de arriesgar su vida en locas carreras...

Muchas veces, sus desenfrenadas carreras eran interrumpidas por los policías del tráfico.

Un día, detenida por uno de éstos, fiel cumplidor de su deber, Lidia creyó fácil sobornarle con un obsequio, y no titubeó en desprenderse de un valioso brazalete de brillantes.

El policía, sin adivinar el motivo del gesto de Lidia, extendió concienzudamente la papelita de citación al juzgado, reprochándole su

contravención a las ordenanzas municipales sobre el tráfico.

Lidia aceptó la papeleta, y dejó caer al suelo su brazaletes. El agente vió el mismo cerca de su motocicleta y, recogéndolo, preguntóle a ella:

—¿Se le cayó a usted esto?

Lidia miró el brazaletes, y repuso, naturalmente:

—No; no es mío... Y no siendo mío, será suyo.

Luego partió, y el agente, Jim Drummond, comprendiendo el discreto ruego de Lidia de retirar la denuncia, tuvo, por primera vez en su vida, un momento de vacilación...

Aquella misma noche, Lidia y sus alegres amigos celebraban—en casa de uno de ellos—la llegada del nuevo año.

Entre los amigos de la millonaria figuraban, en primer término, Roberto Dorset, que nunca deseaba lo que podía conseguir, y el ex gobernador Estéfano Albee, que siempre conseguía lo que quería.

Otro de los amigos de Lidia y uno de sus pretendientes era Daniel O'Bannon, juez del distrito, quien veía en ella, a pesar de su frivolidad, una mujer de buen fondo.

Lidia vivía con su tía Ana y su prima Leonor pero ni una ni otra tenían autoridad sobre ella.

El champaña y el ponche alternaban en la fiesta con excesiva prodigalidad, destacándose entre los más bebedores Lidia, cuya cabeza, nublada, se perdía en extravagantes ideas.

Daniel contemplaba a la alocada muchacha con cierto pesar, lamentándose de que todos sus intentos de arrancarla de aquel nefasto ambiente, se vinieran abajo estrepitosamente.

Roberto y el gobernador rivalizaban en ser agradables a Lidia, que repartía sus atenciones entre los dos, no rehusando sus continuos ofrecimientos de copas de diabólicas bebidas.

La tía de Lidia, alarmada por las libaciones de su sobrina, vió en Daniel, cuando éste presentóse en la fiesta, la ayuda eficaz que necesitaba para llamarla al orden. Y dijo la tía a su hija:

—Leonor, dile a Daniel que no pierda de vista a Lidia. Si hay alguien que pueda hacerla entrar en razón es él.

Leonor, que sufría por la conducta de su prima, habló con Daniel, por el que sentía una afectuosa inclinación, irrealizable, hartó lo sabía, puesto que había echado de ver que el

juez amaba a Lidia; y le suplicó que estuviese vigilando durante el resto de la noche a la inconsciente, cuyo estado comenzaba a inspirar serios temores.

Daniel acercóse a Lidia, por complacer a Leonor y porque Lidia misma le había hecho una seña, y cuando estuvo a su lado y ella le ofreció una copa de ponche, le detuvo el brazo, rehusando beber, y le hizo esta advertencia:

—Ten cuidado... Tú sabes que no puedes beber demasiado.

—¡Bah! Hoy es año nuevo y hay que mostrarse alegres para que llegue a nosotros con simpatía.

—Al año nuevo hay que recibirle serenamente, para corregir errores del viejo. Ven conmigo. Apártate de esta mesa que apesta a alcohol. ¿No te parece conveniente que nos retiremos?

—¡Por Dios, Daniel! Eres la tristeza personificada. Las muchachas modernas no se quedan, como antes, en su casa, a repasar calcetines.

—Hay otras cosas en el hogar que puede y debe hacer la mujer, por moderna que sea.

—No me vengas con sermones. La cabeza se

me va, y no sé a dónde iría a parar si te escuchase por poco rato que fuese más.

—Prométeme que no volverás a beber en toda la noche.

—Déjame prestar atención a lo que va a decir Roberto. A lo mejor nos suelta una con-



—*Ten cuidado... Tú sabes que no puedes beber demasiado.*

ferencia acerca de la poca libertad de que disfrutamos las mujeres.

En efecto; Roberto se había subido a una

silla, y disponíase a hablar. Enmudecieron todas las bocas.

—Señoras y caballeros; ahora vamos a dar comienzo a la gran carrera, en la que sólo figurarán señoras. Las que vayan a tomar parte en ella, hagan el favor de acercarse—anunció el “pollito”.

La carrera a que se refería éste, era original y bulliciosa. Consistía en correr con un zaneo, cojeando.

Lidia, a pesar de la súplica en contra de ello de Daniel, tomó parte en el juego que resultó hilarante y escandaloso, por las muchas caídas de los concursantes.

Daniel, apesarado ante la malparada moral de los ociosos, comentó al lado de Leonor:

—No nos diferenciamos nada hoy de los ciudadanos de Roma en sus tiempos de decadencia... Este baile y estas cenas nada tienen que envidiar a una de aquellas bacanales romanas. Exactamente lo mismo sucede ahora. No hay gladiadores, pero hay pugilistas y se juega y se bebe como no lo harían mejor los súbditos de los Césares.

Y por la imaginación de Daniel desfilaban las escenas que evocaba, en las que reinaba la tentación y el pecado.

Lidia parecía insensible a todo cuanto no fuese diversión, locura, y al terminar de bailar con el ex gobernador, que la deseaba por su belleza sin igual y su no menos bella fortuna, aceptó jugar con él a los dados, pero no por dinero, sino por una ganancia mayor.

—¡Probemos nuestra suerte, Lidia! ¡Nosotros mismos seremos los premios!... Si yo pierdo, tú te casarás conmigo... Si pierdes tú, yo me casaré contigo...—le había propuesto el influyente político.

Lidia, desconcertada, incapaz de explicarse aquella proposición, que siempre beneficiaría al ex gobernador, aceptóla como también hubiese aceptado firmar su sentencia de muerte, pongamos por caso.

Y los dados rodaron sobre el peldaño de la escalera en que se hallaban sentados los dos.

Daniel, indignado, hizo ademán de marcharse; pero Leonor le suplicó que no hiciera tal cosa, para no dejar sin defensa a Lidia.

El juego favoreció al ex gobernador, como era natural, perdiendo ella. De modo que Lidia tenía que casarse con el político. Y lo harían, según éste, aquella misma noche.

Daniel acercóse entonces a la muchacha que

no tenía noción de lo que hacía, y le dijo, ofreciéndole su abrigo de pieles:

—Lidia, es muy tarde y no te encuentras en condiciones de seguir aquí. Despídete de tus amigos y déjame que te acompañe a casa.

Los invitados acercáronse a ellos, extrañados del paso que daba Daniel.

El ex gobernador apartó a Lidia de Daniel, dispuesto a hacer valer sus derechos a casarse con ella, puesto que ella había perdido.

Daniel, irguiéndose en juez, hizo observar al político, que también estaba bebido:

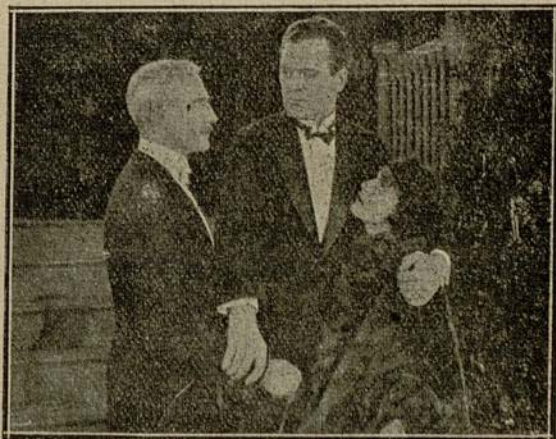
—Señor Albee, sería una injusticia que se obligase a Lidia a cumplir un compromiso contraído cuando no era dueña de su voluntad... Voy a acompañarla a su casa y, cuando la haya dejado en ella, regresaré con la policía para acabar con este foco de corrupción y de escándalo.

Los invitados se disgustaron con Daniel, y al ex gobernador, que sabía de sobra a lo que se exponía, no le quedó más remedio que dejar partir a Lidia, que se opuso con todas sus fuerzas, pero, vanamente, a obedecer al juez.

Entretanto, en un modesto piso, lejos de aquel antro, estaba Evans, la doncella de Lidia, que abandonó el servicio, a hurtadillas,

para velar en la cabecera de su hijito enfermo, del que cuidaba la anciana abuelita.

El niño estaba grave. El doctor, tomando aparte a la infeliz madre que no tenía en el mundo a nadie más que a su hijito y a su propia madre, le comunicó su diagnóstico:



—Señor Albee, sería una injusticia que se obligase a Lidia a cumplir un compromiso...

—No puede soportar el frío del invierno. Si lo mandásemos a un clima más templado, tal vez se curara... California tiene un clima ideal.

Evans abrazó con negros temores a la cria-

tura, como para arrebatársela a la muerte, y a sus lágrimas añadiéronse las que hizo brotar de sus ojos esta ingenua pregunta del niño:

—Mamá, ¿verdad que no voy a morirme?

Pero, aun l'orando, Evans se reía, para no entristecer al niño.

—No, hijo mío, no. Tú vivirás mucho, y vamos a ser muy felices, alma mía.

El doctor movió compasivamente la cabeza y despioló.e.

El niño enfermo, acariciado por su madre, le dijo, entregándole un juguete, un monigote graciosamente pintarrajeado:

—Tiene los bracitos rotos, mamá... Arrégla-selos.

Y en su dolor, Evans comparó a su hijito con el juguete roto ¡Qué pena!

—Sí, hijo mío. Te arreglaré tu payaso. Mañana cuando vuelva, estará nuevecito. Ahora, a dormir, mi rey, y hasta mañana. ¡Adiós, madre!

Es fácil para un doctor recomendar a una madre que lleve a su hijo enfermo a un clima templado, pero no es tan fácil seguir el consejo cuando no se tienen recursos.

Evans tomó una decisión para salvar a su hijo. Le pediría un adelanto a Lidia, pues lo

que ella tenía en la caja de ahorros era una miseria.

Al regresar a su servicio, Evans ayudó a desnudarse a su señorita, que llegó poco después y, apenas se hubo acostado, díjole humildemente:

—Señorita, ¿haría usted el favor de prestarme un poco de dinero? Me hace mucha falta.

Lidia, rendida por los excesos a que se había librado aquella noche, agitóse nerviosamente en el lecho, y contestó con indiferencia:

—Ya me lo pedirá usted en otra ocasión. Déjeme ahora descansar, que estoy fatigadísima.

Evans no insistió. Consideró que era inútil insistir. El recuerdo de su hijito la obsesionaba. Las palabras del doctor golpeaban su cerebro anulando todo pensamiento que no favoreciese a su adorado enfermo.

Evans se hallaba cerca de la caja de hierro empotrada en la pared del *boudoir* de Lidia, y la visión de los innumerables estuches que había dentro, le sugirió una idea fatal. Apoderándose de un anillo, de aquel que el azar acababa de poner en sus manos, Lidia no lo

notaría y el enfermo podría trasladarse con la abuelita a California. Sí. Aquella era la solución. ¡Pero no! ¡Ella no quería convertirse en una ladrona! Esperaría a que Lidia le prestase el dinero que necesitaba... ¿Y si se moría antes el niño? ¡Oh, qué horrible



¡Pero no! ¡Ella no quería convertirse en una ladrona!

suposición! En cambio, con el producto del empeño del anillo...

—¡Oh, Señor! ¡Merece castigo una madre

que no vacila ante nada por la vida de su hijo?—murmuró la infeliz.

El niño acudió a su imaginación con más vigorosa precisión. Le tendía los bracitos suplicándole que le defendiese contra la muerte... que se los arreglase como al muñeco... Y se lo pedía con esa naturalidad de las criaturas que creen que todo es posible para una madre.

No debía vacilar más. Lidia, dada su costumbre de regalar joyas como si fueran vulgares billetes — aquella noche, precisamente, habíase desprendido, además del brazalete arrojado a los pies del policía del tráfico por la mañana, de un anillo con un brillante regular, rodeado de infinitos satélites, para regalárselo a un músico, para compensarle del disgusto de haberle llenado de agua su trombón—, no encontraría a faltar el anillo que ella tenía en sus manos.

Y pudo más la tentación que el reparo.

A la mañana siguiente, Lidia, al vestirse para ir a jugar al *golf* con varios amigos, entre ellos, como se supone, el ex gobernador y Roberto, buscó entre sus joyas, **PRECISAMENTE** el anillo robado por Evans.

Serían las once. Los amigos esperaban y se impacientaban.

Lidia había mandado llamar por teléfono a Daniel, al que no le guardaba rencor por la protección que se empeñó en prestarle la víspera en la fiesta, para que se encargase de poner en claro la desaparición del anillo que encontraba a faltar.

Jamás Evans hubiera creído que su señorita se acordase de las joyas que regalaba y de las que seguía poseyendo; y con el consi-

guiente temor esperaba a ver lo que hacía el juez.

Daniel pidió detalles a Lidia, y ésta contestóle brevemente:

—No sé quién pueda ser el ladrón. Nadie entra en mis habitaciones. Evans es la que se encarga de guardar mis joyas... Pero tengo gran confianza en ella... Hace muchos años que está a mi servicio.

Daniel dirigió una mirada a la servidumbre, reunida en una pieza, y al llegarle el turno a Evans, el juez vió en ella a la culpable. Su turbación, su vergüenza la habían delatado. Mas no quiso acusarla sin antes hacer una prueba. A veces las apariencias engañan.

—¿Me permites que tu doncella me enseñe dónde guardas tus alhajas?—solicitó de Lidia.

—Como quieras... si es que lo crees conveniente...

Los amigos de Lidia la mandaron llamar, y en vista de las investigaciones que Daniel se disponía a hacer, Lidia les contestó personalmente que no les podía seguir en aquel momento, que, si querían, la esperasen; si no, más tarde se reuniría con ellos en el campo de juego. Ellos optaron por esperarla.

Daniel siguió a Evans hasta el *boudoir* de Lidia, y al llegar frente a la caja de hierro, el juez procedió sin rodeos.

—¿Dónde está la sortija?

—¡Oh! ¿Cree usted que yo la he robado?

—¡Sí! Deme usted su monedero.

—¿Por qué?

—Todo intento de rebeldía le será perjudicial. De modo que... ¡Ah! ¿Lo ve usted? Esta es la papeleta de empeño, ¿verdad?

Descubierta, Evans tuvo un arranque de protesta.

—Cogí la sortija porque el dinero que por ella me dieron era cuestión de vida o muerte para mi hijito.

—Sí ya, ya... Lo de siempre... Todas tienen hijos enfermos... Me sé de memoria esta historia... El caso es que usted ha robado. No necesito saber más.

Evans consideróse perdida sin remisión, y trémula de espanto, pensando siempre en su hijo, suplicó piedad a Daniel.

—¡Señor juez, yo no soy una ladrona! ¡Yo he robado por mi hijo, por mi hijito gravemente enfermo! ¿Ve usted este monigote? Es suyo. Me lo dió ayer para que se lo computara, después que el doctor me confesó que

la vida de mi ángel estaba en inminente peligro si no se le trasladaba a otro clima más templado. Yo no quería robar. La señorita no atendió mi ruego de un anticipo para salvar a mi hijo y, desesperada, no supe lo que hacía cuando me decidí a robar el anillo.



—¡Ah! ¿Lo ve usted? Esta es la papeleta de empeño, ¿verdad?

¿Verdad que no me condenará usted, señor juez? ¿Verdad que usted no consentirá que una mujer que siempre ha sido buena sea culpada como una vulgar profesional? Yo estoy

dispuesta a todo por borrar esta mancha sobre mi conducta de siempre en esta casa. ¡Ayúdeme usted, señor juez!

Daniel, enternecido, había tomado ya la determinación de no proceder contra Evans. Su caso era digno de tomarse en consideración. Dar la mano al caído es una obra de caridad.

Lidia presentóse ante ellos cuando Evans, suplicante, se abrazaba al juez como a un padre, y como la actitud de la doncella no dejaba lugar a dudar de que ella era la ladrona, exclamó, felicitando a Daniel:

—¡No me sorprende que haya confesado! ¡Los métodos modernos que usáis para hacer declarar a las mujeres, no fallan! Bien, juez; pueden los abrazos continuar.

Evans separóse de Daniel, y clavó su vista en el suelo, humillada; confiando en la generosidad del juez.

Lidia acercóse a ella y, severamente, sin piedad, considerando, como siempre, superficialmente el asunto, le recriminó:

—¿Así me paga usted todo el bien que le he hecho?...

—Señora, lo hice por mi hijo, por un enfermo sin más amparo que el mío... Grande es mi

culpa, lo reconozco, pero yo no soy mala... no lo quería ser...

—Palabras vanas... ¡Basta!... No la quiero oír más... Váyase para siempre de mi vista... El juez sabe lo que ha de hacer...

—Lidia, ¿no te parece que, en este caso, se le puede perdonar a esta mujer el delito que ha cometido?—intervino conciliador Daniel.

—¡No tengo ninguna simpatía por los ladrones!... ¡El crimen es siempre crimen!—respondió Lidia. Y sin darle tiempo para insistir, indicó con un gesto a Daniel, que procediese como juez.

Los amigos seguían esperando a Lidia. Ella reunióseles, y sin importarle lo que le podía suceder a Evans, alejóse con ellos de la casa, hacia el campo de *golf*.

Evans desconsolada, lloraba convulsamente. Estaba perdida. ¿Qué sería de su hijo? ¿Acaso Lidia había visto en la actitud en que la encontró con el juez, lo que no existía, o sea, una prueba de amor, aumentando con ello, por celos, tal vez, su indignación por el robo? Todas las suposiciones, hasta las más absurdas, le parecían buenas. ¿Cómo salir de aquel apuro?

Daniel, compungido, hubo de conducirse co-

mo juez, dejando a un lado sus sentimientos particulares.

—Lo siento mucho, pero no puedo hacer otra cosa... Tengo que llevármela a usted, pero estoy seguro de que la señorita Lidia será elemento en cuanto pase algún tiempo y se haya calmado su enojo—dijo a la culpable.

Y Evans fué encarcelada.

Sin embargo, Daniel logró que Lidia depusiese su actitud respecto a Evans, pero la mañana en que el juez correspondiente iba a sentenciarla, Lidia había pasado una noche tormentosa, y su declaración favorable era necesaria para salvar a la infeliz doncella.

La hora del juicio se acercaba, sonó ya y Daniel, en vista de la ausencia de Lidia, hubo de suplicar al juez que esperase unos cinco minutos más. Accedió el magistrado, concediendo diez minutos; y, cuando éstos transcurrieron, sin que Lidia hubiese comparecido a prestar declaración, la declaración indispensable para que Evans fuese abuelta, declaró abierto el juicio, cuyo resultado fué aplastante para la detenida.

—Como no hay nadie que presente pruebas que abonen su conducta pasada, la sentenciamos a sufrir no menos de tres años y medio

y no más de siete, de prisión, en el Correccional de Auburn—pronunció el juez.

—Pero... ¿de veras me condenan?... ¿Es esto posible?

—La ley es la ley—contestó el magistrado. Daniel, emocionado, trató de infundir alien-



—La ley es la ley.

tos a la sentenciada, y en su interior había reproches para la despreocupada Lidia, por cuya causa iba a ser enviada a presidio la que sólo pecó por exceso de amor maternal.

Desde el Palacio de Justicia se comunicó la

sentencia a la casa de Lidia, por teléfono, y la tía yendo a despertar a su sobrina, la enteró de ello llena de pesar:

—Acaban de avisar por teléfono que han sentenciado a Evans. Parece que hurtó el anillo para poder mandar a su hijito enfermo a California. ¡Verdad que es muy triste todo esto?

Lidia miró el reloj-despertador y, sorprendida, contestó a su tía:

—¡Caramba! ¡Se me pasó la hora! Esta mañana debía haber ido al juzgado a hablar en su favor... Voy a ir en seguida y haré todo lo que pueda para que no le falte nada al niño... Voy a mandarlo a California inmediatamente.

Protegiendo al niño, Lidia pensaba, fríamente, que la madre no podría quejarse...

Sin que Lidia llegase a sospecharlo, su destino fué puesto en manos de la esposa del policía de tráfico Drummond.



—¡Caramba! ¡Se me pasó la hora!

El agente llegó aquel día, a su casa, donde le esperaba su hacendosa compañera para comer, más alegre que nunca.

Tenía motivo para estarlo, pues acababa de conseguir el ascenso, gracias al juez del dis-

trito, que lo era Daniel O'Bannon, por haber salvado la vida a unos chiquillos.

La esposa felicitó entusiasmada a su marido, por su heroísmo, y cuando iba a coserle los galones en el brazo, su mano tropezó en algo que aquél llevaba en un bolsillo.

—¿Qué es eso que estoy tocando?

Drummond recordó lo que era, y palideció, sacándolo con no disimulada turbación.

—¡Un brazaletes... y de brillantes!—exclamó la esposa—. ¿Te lo encontraste?

—Sí... digo, no... Me lo dieron.

—¿Quién?... ¿Por qué causa?

—Laura, no me censures por mi proceder... pero este brazaletes debía haberlo depositado en la Comisaría hace unos días... y no he tenido el valor de hacerlo.

—Pero... ¿cómo llegó a tus manos?

—Te contaré lo sucedido... Fué una mujer, a quien no conocía... una mujer que circulaba en un magnífico *auto* por mi distrito... La detuve por exceso de velocidad... y para que no cursase la denuncia... me tiró a los pies esta joya... negándose a aceptarla cuando se la devolvía... asegurándome que no era suya... y diciéndome que, no siendo suya, podía quedarme con ella... ¿comprendes?... Me arre-

piento de habérmela quedado... pero te aseguro que este brazaletes ha pesado en mi bolsillo como si fuese de plomo.

—Jim, estos galones indican que eres un héroe... La pulsera, que no es difícil sobornarte.

—Tienes razón, Laura... Ya sé que no he obrado bien... Yo te aseguro que no volveré a sucederme...

—Procura arrestar hoy mismo a esa mujer y devuélvele la pulsera... Cuando lo hayas hecho coseré estos galones en la manga de un verdadero héroe.

Las palabras de su esposa fueron un estímulo poderoso para Jim para rehabilitarse de su primera falta en el servicio. No volvería a estar tranquilo, y a recuperar la idolatría de su digna compañera, hasta tanto no hubiese restituido a su dueña el brazaletes de brillantes.

A pesar de los buenos descos de Jim, Lidia no se puso a su alcance ni aquel día ni al siguiente ni al otro.

Al cuarto día de vigilar por su demarcación el paso del *auto* que ella guiaba, la vió, y lanzóse con gran contento en su persecución,

agitando en la mano la pulsera que deseaba devolverle.

Lidia le vió correr detrás de su coche, y no sospechando la nobleza del policía, sino suponiendo que buscaba otra recompensa, pues también aquel día iba ella a excesiva velocidad, su manía de siempre, aumentó aun más la carrera, exclamando, fundiéndose sus palabras en el aire:

—¡Ya no hay más brazaltes, amigo mío...!

Segura estaba Lidia de que el policía se cansaría de seguirla. ¡Demonio! ¡Pues no le resultaba poco interesado el "escrupuloso" cumplidor de la justicia!

El *auto* de Lidia se hallaba en plena carretera a una velocidad fantástica. La motocicleta del agente no podía ya dar más de sí.

Al pasar por cerca de un *garage* en pleno camino, el dueño del mismo comentó con un cliente, ante la diabólica marcha de Lidia:

—Casi un poste de telégrafo por segundo... Y hay sesenta en cada milla.

El agente del tráfico pasó a poco, siguiéndole con la mirada aquellos dos hombres, asombrados y temiendo una desgracia.

Jim iba a alcanzar, al fin, a Lidia; pero ésta, para escapar de su perseguidor, se metió

a toda marcha en el cruce del camino, sabiendo que la motocicleta no podía virar tan bruscamente, y cuando ésta alcanzó su coche, chocó con tal violencia con él, que la motocicleta quedó destrozada y el motociclista saltó por encima del *auto*, cayendo aparatosamente a algunos metros más allá.

El dueño del *garage* y su cliente fueron testigos presenciales de la tragedia, y acudieron en auxilio del policía.

Lidia, asustada al ver bañado en sangre el rostro de Jim, y pasmada al descubrir afechado a su mano el brazaletes de brillantes que ella le diera en otra ocasión, trató de ayudar a los dos hombres que acudieron, a volverle en sí, y lo condujo, con ellos, en su *auto*, al hospital.

Unas horas más tarde.

Laura se hallaba junto a su esposo moribundo en el hospital.

Los médicos practicaban la cura de urgencia. Las heridas recibidas eran de suma gravedad. Varios huesos rotos y tejidos desgarrados. La muerte era inminente. Sin embargo, la ciencia apuraría todos los medios.

Laura besaba con delirio al fiel compañe-

ro, al que por conservarse íntegro había llegado hasta el sacrificio.

—Corría a más de sesenta millas por hora... Yo traté de detenerla, pero choqué contra el *auto*... Me muero... ¿Me das los galones, mujercita mía?—balbució Jim en los umbrales de su fin.

Laura llevaba encima los galones, junto a su corazón y, ocultando su dolor, los prendió en el brazo de su marido, saludándole militarmente, como si en realidad no temiese que la muerte se lo iba a arrebatar para siempre, como si bromeasen como en sus momentos de intimidad en su apacible hogar.

Jim dió un suspiro. Estaba satisfecho. Su esposa le perdonaba el momento de debilidad que tuvo al ver el brazaletes de brillantes. Podía morir sin que nada le causase ya remordimiento.

Y poco después Jim ya no era de este mundo, dejando en el mayor desconsuelo a su mujer, y apresando en su mano el brazaletes de Lid'a, como estrujándolo por la fatalidad que le había acarreado...

Lidia estaba también en el hospital, cerca del ya difunto, separada de éste y de la es-

posa inconsolable por un biombo de tela blanca.

De pronto presentóse a ella un hombre que le mostró, debajo de la americana, y encima del chaleco, una insignia de autoridad. Lidia, que pasaba por un cruel momento, compren-



—Tengo orden de detenerla... y tendrá usted que venir conmigo.

dió de lo que se trataba y limitóse a decirle al agente, dándole su tarjeta:

—Vea a mis abogados... Ellos se encargarán de arreglarlo.

Pero el policía indicóle que le siguiese.

—Tengo orden de detenerla... y tendrá usted que venir conmigo.

La altiva millonaria miró con soberbia al policía, y acató su indicación de muy mala gana, escandalizada de que a ella se la tratase de aquella manera.

Durante las semanas que siguieron, en las que un abogado famoso y caro logró sacar a su cliente de la cárcel, bajo fianza, los amigos de Lidia, con el ex gobernador Albee a la cabeza, removían cielo y tierra para evitar que la causa pasase al jurado.

El político presentóse en el despacho de Daniel, a quien, según el código, le incumbía, como juez de distrito, encargarse de la acusación pública, o sea, de actuar como fiscal, en todos los delitos que se cometieran en el territorio de su jurisdicción, y por ende en el de Lidia, como lo fué en el de Evans.

El ex gobernador expuso claramente sus deseos.

—Retire esta acusación innecesaria contra una pobre huérfana... Si usted quisiera, la salvaría, y Lidia tiene algunos amigos que sabrían demostrar a usted su agradecimiento.

Por toda respuesta, Daniel le dió a leer el

artículo de su código que le obligaba a ejercer de fiscal en el asunto de Lidia.

—Supongo que no permitirá usted que lo que dice este libraco arruine su carrera política—le manifestó el ex gobernador.

Abiertamente el político le prometía a Daniel su candidatura a gobernador del Estado; pero el juez no estaba dispuesto a prevaricar. Su deber antes que todo. Y por varias razones...

Convencido de su fracaso personal, el político despidióse de Daniel, diciéndole:

—En vista de que yo no puedo persuadirle, espero que su víctima tendrá mejor suerte que yo.

Al marcharse él, entró Lidia en el gabinete de Daniel.

Llegó sonriente, esperanzada.

El se encerró, venciendo su desconcierto al verla, en la más hermética rigidez.

—Estoy enterada de la severidad con que me acusas... Tu severidad es tonta... Me parece que algunas veces me has dicho que serías capaz de hacer cualquier sacrificio por mí—le dijo ella recordándole el amor que él le brindara siempre, para ablandarle.

—Te quiero mucho, pero no lo bastante pa-

ra que yo falte a mi deber y, además, creo que necesitas un castigo como si fueras un chiquillo desobediente—contestó Daniel.

Ella se sublevó ante tales palabras, presta a irse.

—Mi mayor castigo es que he matado a un hombre, no la multa de tres o cuatrocientos dólares.

—¡Cómo una multa!—la atajó el juez fiscal—. ¡No, no se trata de una multa! ¡Tendrás que ir al Correccional!

—¿Qué dices?...

—Voy a encerrarte detrás de unas rejas de hierro... Lidia, si no lo hago, no sé dónde irás a parar... Voy a salvarte porque te quiero.

Exasperada, leyendo en los ojos de Daniel que cuanto decía era cierto, Lidia, envolviéndole en su ira, abrió la puerta del despacho, y antes de desaparecer le dijo:

—Si esta es una muestra de tu amor, prefiero que me odies.

El juez fiscal tenía que hacer un gran esfuerzo para perseverar en el camino que se había trazado respecto a Lidia; y no tardó en llegar el día de la vista de la causa, porque la riqueza y la celebridad del abogado de la inculpada fueron impotentes ante un hom-

bre que colocaba sus sentimientos de justicia por encima de los impulsos de su corazón.

Y Lidia fué juzgada como presunta autora de un homicidio por imprudencia.

La sala donde se celebraba el juicio estaba atestada de público. No faltaba ninguna de las amistades de la procesada.

Daniel, dispuesto a luchar hasta derribar a la defensa, demostró prácticamente, reconstituyendo los hechos públicamente con un automóvil y una motocicleta mecánicos, ayudado en esta demostración por el dueño del *garage* por cerca del cual pasó el coche de Lidia el día de autos, pretendiendo demostrar que la acusada fué, por imprudencia temeraria, la causante de la muerte del policía.

El dueño del *garage* declaró en favor de la tesis del fiscal.

—El *auto* en cuestión—dijo—pasó por enfrente de mi *garage* corriendo a razón de sesenta y una millas por hora... Caleulé esta velocidad fijándome en los postes de telégrafo y reloj en mano.

Luego declaró la esposa del pobre Jim.

—Le pregunté a mi esposo—dijo, después de un gran esfuerzo para dominar su emo-

ción—. “¿Qué te ha ocurrido?” Y él repuso: “Corría a razón de sesenta y una millas... Yo traté de detenerla, pero choqué contra el *auto*.”

Lidia cubría con un velo su rostro. Al fijarse en este detalle, la viuda, con infinito rencor, se lo levantó, diciéndole:

—Trata usted de ocultarse a la justicia con este velo, pero ¿ignora usted que yo tampoco llevo este velo por capricho? ¿Su dinero no puede devolverme a mi esposo! !

Lidia rehuyó el contacto de la esposa de su víctima, y confiaba en la elocuencia de su abogado para salir de aquel mal paso.

Daniel dió por terminado el interrogatorio de la testigo, renunciando al resto de la prueba...

Y después de interrogar a Lidia durante una hora, Daniel se encontró frente a frente de la prueba más dura de su vida: acusar a la mujer a quien amaba.

—Haga el favor de dirigir la vista al jurado, no a mí—le indicó, no pudiendo resistir sus miradas.

Y continuó el ataque sin desfallecer, de acuerdo con su conciencia:

—Usted ha declarado, si no estoy equivo-

cado, que nunca fué usted arrestada por exceso de velocidad... ¿Es esto cierto?

—Cierto es.

—¿Conoce usted esta pulsera?

Lidia se turbó al ver la joya que el muerto tenía en una mano.

—Ahora voy a demostrar que la acusada fué anteriormente arrestada por llevar el *auto* con excesiva velocidad—continuó Daniel implacable—, y que con esta pulsera sobornó al policía que la detuvo.

La defensa le interrumpió:

—Es impertinente ahora esa prueba.

Lidia regresó al lado de la defensa, mientras Daniel, cuya terrible inflexibilidad comenzaba ella a aborrecer, proseguía, con ardor y elocuencia:

—El grupo de jóvenes supercivilizados y derrochadores a que la acusada pertenece, debe suprimirse. Si no se hace, corremos el riesgo de destruir la nación, como Roma fué destruída cuando el vino y el placer envenenaron su juventud.

Con gran erudición refirió los hechos a que aludía. Los invasores, al irrumpir en las orgías sorprendiendo a los viciosos, tuvieron un gesto de repugnancia ante el espectáculo que

se ofrecía a sus ojos. Y dijo el jefe de los victoriosos:

—¡Dicen ellos que no somos civilizados, pero si su civilización es ésta, no la queremos! ¡Saquead, robad, matad! ¡El pueblo que no sabe



—*El grupo de jóvenes supercivilizados y derrochadores a que la acusada pertenece, debe suprimirse.*

defender sus tesoros, no es digno de poseerlos!

Los soldados cumplieron la orden, y la hora

de purgar sus delitos llegó para todos aquellos ociosos.

La defensa, indignada contra el fiscal por su comparación para abrumar más todavía a la acusada, se levantó de su sitio, y con extraordinaria exigencia, gritó al Presidente:

—¡Protesto! ¡Protesto! ¡Protesto!

Interrumpióse Daniel por orden del Juez, y dijo el abogado de Lidia:

—¡Protesto! ¡No estamos aquí reunidos para escuchar una lección de historia romana! ¡Estamos en la sala de un Tribunal y no en el aula de una escuela!

El fiscal solicitó la venia del Presidente para continuar, y obteniéndola, prosiguió, dando una explicación al defensor.

—Yo no pretendo deducir nada de los escándalos de los ciudadanos de la antigua Roma, sino de los escándalos de 1926, con su séquito de asesinatos por una minoría que ha tomado las calles y caminos por velódromos de locura. La acusada es testigo y ejemplo de lo que ocurre...

Y fueron tantas y tales las pruebas aducidas por el fiscal contra la procesada, que el fallo del jurado, aunque a Lidia le pareciese que sería absolutorio, dada la brillante defen-

sa que hizo su abogado combatiendo los cargos hechos por el fiscal, era imposible de anticipar. La balanza de la justicia debía decidir hacia qué plato se inclinaba.

El jurado se había retirado a deliberar, y a poco, de regreso en la sala, preguntóle el Presidente:

—¿Cuáles son vuestras conclusiones? ¿Es culpable... o es inocente?

Y el jurado, por boea de uno de sus miembros, contestó:

—Es culpable de un homicidio por imprudencia grave.

La tesis de Daniel había predominado en absoluto.

La defensa sorprendióse ante ese fallo, y Lidia sufrió un rudo golpe en su alma.

La tía y Leonor, que habían confiado en el amor de Daniel por Lidia, para salvarla, lloraban sin consuelo.

Las felicitaciones cayeron como lluvia sobre Daniel por su brillantísima victoria.

Pero Daniel estaba herido en lo más hondo de su ser. Era una victoria que le mataba.

Lidia miróle un instante, y en sus ojos había la llama de la más punzante ironía mezclada con odio reprimido.

No se contentó la defensa con el fallo, y después de molestas demoras, el Tribunal de Apelación confirmó el veredicto del Tribunal de primera instancia, y Lidia tuvo que presentarse nuevamente ante la Justicia, convencida de que sería absuelta si pagaba una fuerte multa.

Su abogado expuso al Juez sus conclusiones:

—Después de lo dicho en defensa de la acusada y teniendo en consideración que para una muchacha de su posición social, la prisión sería una pena mayor que la que prescribe la Ley, pido que este Tribunal le imponga como pena el pago de una multa...

El Presidente consultó con la mirada con el fiscal, que estaba al lado de Lidia, sin atreverse a mirarla, retándole ella, como siempre, con su soberbia; y como vió que era inútil tratar de hacerle deponer su actitud, pronunció su inapelable sentencia:

—Si pusiéramos una multa a la acusada, la pena equivaldría a una absolución. Por consiguiente, sentencio a la acusada a no menos de tres años y a no más de siete de prisión.

La realidad hundía en un abismo a Lidia. Pero, a pesar de todo, no quiso aparecer ven-

cida a los ojos de Daniel, y conservó su actitud de mujer vanidosa insensible, altiva.

—El alguacil entregará a la acusada a los encargados de hacer cumplir la sentencia— continuó el juez.

El abogado, airado por la derrota, desapareció, para no asistir al doloroso espectáculo del encareamiento de su patrocinada, y cuando el alguacil indicó a ésta que le siguiese, Daniel, que hacía un esfuerzo sobrehumano para resistir aquella prueba, dirigió sus piadosas miradas a la que él había hecho condenar; y ella, acompañándole de fingidas sonrisas y burlescos gestos, exclamó:

—¡Oh César, los que van a morir te saludan!

Y apenas desaparecida la mujer amada, Daniel, en presencia del juez, que había visto claro en aquel asunto, no pudo contenerse y compió a llorar.

A Lidia le habían tomado medidas muchas veces, pero nunca de una manera tan desagradable como aquella vez, en la prisión.

Efectuada esta operación, estigma para toda la vida, Lidia fué conducida por la encargada a una celda.

Las demás reclusas al verla tan bien puesta, la contemplaron con intensa curiosidad, siguiéndola hasta su encierro y continuando su contemplación a través de las rejas del mismo, burlándose todas ellas, por ese deseo de los ignorantes, de que los que parecen superiores a ellos desciendan a su mismo nivel.

Lidia, al contacto de la espantosa realidad, sentíase empequeñecer y deseaba desaparecer del mundo. ¡No podría soportar aquella humillación!

A poco presentóse en la celda la presa encargada de la ropa, para quitarle a Lidia las

que llevaba puestas a cambio de las que le correspondía ponerse en el Correccional.

La recién llegada miró a la nueva reclusa, y Lidia también se fijó en ella, asombrándose las dos, principalmente la primera, que era Evans, la infeliz que sufría condena por cul-



A Lidia le habían tomado medidas muchas veces, pero nunca de una manera tan desagradable...

pa de Lidia.

Un rayo de esperanza pasó por la mente de Evans. Se le presentaba la ocasión de vengarse humillando a la culpable de su desdicha.

Pero Lidia, al ver a su ex doncella, no pensó en otra cosa que en continuar empleando sus servicios, demostrándole sus deseos al entregarse, como antaño, a los cuidados de Evans.

Esta rióse de ella, tratándola duramente, y le dijo, con la superioridad que le daba sobre ella su anticipación en el Correccional y el empleo que había merecido por su conducta:

—Aquí los “invitados” acostumbran vestirse solos, Lidia... ¿O prefiere que la llame “Número 149”?

Lidia explotó, en medio de su ira:

—¡Oh, qué horrible es esto!

Y Evans, indignada con ella, le contestó:

—Se queja porque tiene que abandonar por una temporada los trajes de París y los *autos* lujosos... ¿Qué haría usted si hubiese tenido que abandonar a una madre anciana y a un hijo enfermo?... Ya se calmará... Ya sabrá usted lo que es llorar... Dentro de diez minutos tendrá usted listo el baño “desinfectante”... Y cuando esté “limpia”, la pondremos a trabajar con las otras “compañeras”.

¡Con qué fruición se vengaría Evans de su orgullosa señorita!

Y Lidia creía enloquecer en su encierro.

En el Correccional no hacían falta bailarinas, automovilistas, ni jugadores de *golf*. El volante de los costosos *autos* que Lidia había guiado, no se parecía al de la máquina de lavar ropa, a una de las cuales fué ella destinada.

Pero dada su ineptitud para todo, hubo que darle otro empleo, pues con su torpeza echaba a perder la ropa en lugar de lavarla.

Evans se encargó de darle otro trabajo, complaciéndose en decirle:

—Como lo único que sabe usted hacer es derrochar dinero y para esto no hay facilidades en el Correccional, tendrá usted que comenzar por lo más bajo, esto es, por vaciar los baldes de la basura.

Lidia tuvo que obedecer. Siguió a Evans a la cocina, y venciendo sus escrúpulos se dispuso a ir a vaciar los baldes de apestantes restos de comidas. Se cayó. No podía con ellos.

Entonces Evans le dió un cubo y una bayeta, para que fregase los suelos. Y ella estaba allí, en su presencia, para que la humillación fuese mayor para su antigua y orgullosa y altiva y egoísta señorita.

Entregada a tal faena estaba Lidia cuando



Y Lidia creyó enloquecer en su encierro.

le avisaron que en el despacho había una persona que deseaba verla.

Lidia supuso se trataba de su tía o su prima, o del ex gobernador, tal vez, y salió hacia el despacho. Fué introducida en la sala

de visitas, pues la persona que la esperaba en ella era de toda confianza y podían entrevistarse a solas.

¡Pero cuál no sería el asombro de Lidia al encontrar a Daniel, su acusador!

Se sobrepuso a su emoción, y le recriminó:

—Supongo que habrás venido a deleitarte con mi humillación... A ver a una mujer convertida en bestia de carga... Está bien. Algún día, en alguna parte, de alguna manera, yo sabré pedirte cuentas.

—Hice lo que creí que debía hacer... Fui fiel al juramento que presté y fiel a ti misma... Pero a costa de un precio enorme, porque mandé a presidio a mi propio corazón.

—¿Acaso tu corazón está fregando el piso del Correccional o vaciando baldes de basura? ¿Está encerrado detrás de rejas de hierro o está lleno de odio como el mío?

—¡Lidia! La pena que siento me mata... ¿Por qué no me comprendes?... ¿Por qué no me disculpas?...

Lidia iba a marcharse, aborreciendo a su esbirro pero no pudo alcanzar la puerta y se desmayó en brazos de Daniel.

El la miró con infinita ternura, besó su

rostro, y llorando con la mayor amargura de su vida, murmuraba:

—¡Dios, mío!... ¿Por qué había de ser yo quien aplastase lo que más quería en el mundo?

•••

El precio del odio lo paga, no la persona odiada, sino la que odia. Y la tormenta que se agitaba en el alma de Lidia, la condujo, delirante, al hospital del Correccional.

Evans debía cuidarla, refrescando con hielo su exaltado cerebro. Pero la ex doncella de la enferma cumplía su deber sin cariño, no importándole lo que le pudiera ocurrir a la causante de su encierro. No le importaba lo que hubiera hecho por el niño. Era lo menos que podía hacer...

Un día, Lidia, en un momento de desvarío, estando a su lado Evans, tuvo una pesadilla

horrible. Creía haber matado a Daniel, por su terrible acusación, y se despertó gritando:

—¡Yo no le maté! ¡Yo no le maté!

Evans había acabado de leer en un cuadro del blanco muro de la enfermería, esta parte del Padrenuestro:

Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

La luz divina iluminó a la pobre muchacha, y todo su rencor hacia Lidia trocóse en fraternidad, en deseos de curarla, que todos tenemos algo que hacernos perdonar y es muy hermoso el perdón.

—¡Todo esto no ha sido más que un sueño de odio!—dijo Evans a Lidia, al enterarse de lo que había visto en su desvarío—. Y las dos tenemos que reflexionar en que la paz no nos la traerá el odio, sino el amor.

Y las dos mujeres, hasta aquel momento enemigas, hicieron sonreír a Dios abrazándose como hermanas.

Daniel, entretanto, había presentado, al día siguiente a la condena de Lidia, su dimisión como juez del distrito de la Princesa, y para olvidar llevaba una vida disipada, en que la bebida prohibida no era más que su mejor amiga.

Después de dos largos años, al calor de los pacientes cuidados de Evans, Lidia aprendió lo que vale la resignación y lo que purifica el dolor.

Como Evans, había logrado un empleo, como premio a su conducta.

Como Evans también, ella era el alma buena que aportaba consuelo a las que no sabían resignarse con su suerte.

Una reclusa lloraba y ejecutaba su trabajo con violencia. Lidia se le acercó. ¿Qué habría hecho aquella infeliz? ¡Bah! El pecado poco importaba. La penitencia era lo que debía hacerle olvidar. Es un error mirar al pasado, y un acierto contemplar el porvenir, para ver en él la corrección de los errores. Dicha presa elaboraba pasteles. Lidia cogió uno de éstos, y le dijo bondadosamente:

—¿No le hace pensar esta rosquilla en un salvavidas? Esto es precisamente lo que el Correccional ha sido para mí, un *salvavidas*, porque me ha salvado lo principal de ella: el alma.

La cuitada encontró consuelo en las dulces palabras de su compañera, y dejóse abrazar por ella, dispuesta a seguir su ejemplo, a perseverar en la resignación, para encontrar al

final de la misma el rayo de sol que ilumina el alma.

Aquel día, a la hora de comer, Evans, que se había retrasado, presentóse agitando un papel, y dando muestras de gran contento.

—¿Qué os parece, muchachas? ¡La Junta de Indultos acaba de decretar la libertad de Lidia y la mía... y mañana saldremos del Correccional!

Un escalofrío agitó todo el cuerpo de Lidia. ¡La libertad!

Las otras reclusas palmotearon, felicitando a sus compañeras.

Las inevitables envidias, los pequeños rencores, todo desaparecía ante la mágica palabra de la libertad. ¡Oh, sol amado, por tantos llorado!

Evans lloraba de alegría, abrazándose a Lidia. Las compañeras acompañaron a ésta hasta su celda, y en ella preparándose ya para abandonar el Correccional, decía Lidia, agradeciendo a Evans todo el bien que le había hecho:

—Fué preciso que estuviese presa para darme cuenta del valor de la libertad... ¡Que estuviese encerrada en una celda, para saber que tenía alma!

Las reclusas la miraban como a algo sobrenatural. Se iba. ¿No era esto asombroso? Y todas, evocando sus hogares, tristes desde que partieron, lloraban sus culpas, ardiendo en el deseo de redimirlas.

Daniel, entretanto, todo a su dolor, contemplaba el retrato de Lidia que ocupaba el sitio distinguido en su mesa de trabajo, y le decía:

—Te mandé a presidio... Pero ¿qué pena me diste tú a mí?

¡Cuán lejos estaba él de suponer que Lidia, rehabilitada, deseaba encontrarle para demostrarle que no le guardaba rencor, que, al contrario, tenía que agradecerle su gran amor!

Cuanto hizo Lidia al salir, con Evans, de la cárcel, fué inútil. No encontró a Daniel. Desde su dimisión de juez del distrito de la Princesa, no se había vuelto a saber de él.

Lidia y Evans no se separaron. El hijo de la segunda sería trasladado de California a Nueva York, puesto que ya se había repuesto completamente, con la abuelita, y nada habría de faltarles jamás a las dos mujeres ni al niño.

Lidia se sentía más feliz que nunca; verdaderamente feliz. El año nuevo la encontró con Evans en los barrios pobres de la ciudad

distribuyendo socorros y consuelos entre los hambrientos y los desesperados.

Un pobre viejo acercóse a la improvisada tienda de café con leche caliente gratuito, y se le iban los ojos hacia la bebida que calmaba su frío.

—Tome usted, abuelito...—le dijo Lidia.

—No tengo dinero, señora...

Casi lloraba. ¡Pobre viejito! Lidia le sonrió, llenóle un tazón hasta los bordes, y se lo dió:

—Beba, abuelo... Es gratis.

Y el hombre curvado por el peso de sus muchos años y de sus muchas penas, deleitóse con la dádiva, bendiciendo a los ángeles que abren los brazos a los que sufren.

Lidia no volvió a su antigua vida. Sus amistades eran reducidas, y las fiestas terminaron para ella.

Habían pasado tres años desde su salida del Correccional.

Durante ese tiempo, Daniel se regeneró, recobrando su perdido prestigio.

A la sazón había presentado su candidatura al Gobierno del Estado, en lucha con Estéfano Albee.

En las oficinas del candidato a gobernador reinaba la impresión de que Daniel sería elegido. La victoria estaba asegurada. El otro candidato lo había dicho sinceramente.

Cuando era mayor la fiebre de todos los subordinados de Daniel, presentóse en las oficinas el rival político, el propio ex gobernador Albee.

Sabía que en el despacho de Daniel estaba Lidia.

Al fin ella había podido encontrar a Daniel, que se regeneró para ser digno de su amor, y estaban próximos a casarse.

El reencuentro de ambos fué altamente emocionante. Cuatro brazos se abrieron a un tiempo y estrecháronse con pasión dos cuerpos.

El ex gobernador, antiguo pretendiente de Lidia, cuya hermosura había, tal vez, aumentado en el dolor y en la infinita alegría luego, llegaba al despacho de su rival con una

intención de villano. Pero esa intención defendía su conveniencia. De modo que no se detendría ante nada.

Daniel extrañóse de recibir la visita de ese antiguo amigo de Lidia, y se prestó a atenderle, no como a enemigo, sino como a hombre.

—¿Qué le trae a usted a mis oficinas?

—Perdonen la interrupción... Pero me urge hablar dos palabras con nuestro futuro gobernador.

Lidia inició el gesto de marcharse, pero Daniel la detuvo. Ella podía oír lo que a él le dijese el ex gobernador.

—O'Bannon, mañana va usted a derrotarme en las elecciones, pero me parece que olvidó un detalle: una ex presidiaria no puede ser la dueña de la mansión del gobernador—le dijo apartándolo inútilmente de Lidia.

Daniel comprendió. Contuvo su deseo de abofetear al cobarde, y despidióle con desprecio.

Lidia, a quien el recuerdo de su estigma sumió en inconsolable pesar, dijo a Daniel, al quedar solos, no deseando otra cosa que su felicidad escalando las más altas cimas de la política:

—Albee tiene razón, Daniel... Si te casases con la presidiaria 149, arruinarías tu carrera... Y te amo demasiado para consentirlo.

Daniel tomó una inquebrantable decisión en el acto.

—¡Tengo que daros una sorpresa muchachos!... ¡Pero espero que continuaréis siéndome fieles!—fué a comunicarles a sus subordinados.

Y acercándose al aparato radiotelefónico emisor, pronunció en voz alta:

—Daniel O'Bannon está hablando... Deseo anunciar a todos que en este momento retiro mi candidatura.

Los empleados trataron de quitarle de la cabeza esa idea, cuando el éxito estaba descontado; pero Daniel se mantuvo firme en ella.

Y luego, abrazando a Lidia, y besando sus ojos, que tanto habían llorado, murmuróle en su despacho:

—Lidia querida, ¿qué significa esa dignidad comparada con tu amor y nuestra felicidad?

FIN

Prohibida la reproducción

Revisado por la censura gubernativa.

PRÓXIMO NÚMERO:

La grandiosa película

El Admirable Crichton

(A petición de numerosos lectores)

Creación de THOMAS MEIGHAN,
GLORIA SWANSON, LILA LEE
y THEODORE ROBERTS.

Argumento que nadie dejará de adquirir
Numerosas fotografías — 32 páginas

Postal fotografía regalo:

JULIA FAYE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.
Siempre las mejores películas

Sea usted coleccionista de
«*LOS GRANDES FILMS*»

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

PIDA EN TODAS PARTES LOS
ÚLTIMOS GRANDES ÉXITOS

Demasiadas mujeres
Nobleza baturra



EN BREVE

Cenizas de odio
la mejor producción de
NORMA TALMADGE

NÚMEROS PUBLICADOS

PRECIOS: { NÚMEROS CORRIENTES: 25 CTS.
 » EXTRAORDINARIOS 50 »

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4 La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9, Desinterés, edic. 3 10, El Habito, 3 edic. 11 Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 edic. 15, La tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17 La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22 Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24 La desconocida, 3 edic. 25 Robin de los bosques, (extra). 3 edic. 26, La Ve dad desnuda 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28 Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La hica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El Príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frivolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37 Directo de París 3 edic. 38, Lo que vale una mujer, 3 edic. 39, El valle de los Gigantes, 3 edic. 40, La sombra del padre, 3 edic. 41, Madame Morland, (extra). 3 edic. 42, Un juego peligroso. 4, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 edic. 48, El talsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La rosa de Nueva York, (extra). 2 edic. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 edic. 54, No me olvides, 2 edic. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 2 edic. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 edic. 58, La Bohème (extra). 3 edic. 59, ¡Pobre Violeta! 60. Realidades de la vida. 61, Estaba escrito. 62, Las dos Huerfanas, 4 edic. 63, El

pescador de perlas. 64, La sin ventura, (extra). 3 edic. NUMERO ALMANAQUE 65, La pequeña parroquia. 66, Frou Frou. 67 La famosa señora de fair. 68, El Secreto del Polichinela. (extra). 70, La Quinta avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra) 75 Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York, 80, Borrascoso amanecer, (extra). 81, Rosario la cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cual quiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extra). 86, Espejos del Alma. 87 Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las Sentencias del destino, (extra). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96 El novelista y su esposa, (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa? 101, La casa en la selva, (extra). 102, La Princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ANGEL GUIMERA) 103, En busca de la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puño de rosas. 107, El Milagro, (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El nido de amor. 110, La venganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha, (extra). 113, I Pagliacci. 114, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad, (extra). 118, Calvario de amor. El ladrón de Bagdad. (ESPECIAL). 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La damada las casmelias. 121, El Murciélago 122, El sargento O' Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra). 124, La muñequita de Francia. 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127 El capricho de una dama. 128, Canción de amor, (extra). 129, La mariposa que se quemó las alas. 130, Pecado de juventud. 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan... (extra). 135, Una flor del camino. 136, La carta. 137, La Caravana del Oregón. 138, La danzarina del Nilo. 139, La

mujer más bonita del mundo (extra). 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermosura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del deseo. (extra). 145, El lirio dorado. 146, La reina de las muñecas. 147, Cordelia la Magnífica. 148, ¡Cuidado solteros! 149, El pequeño Robinsón, (extra). 150, La gloria de ser mujer. 151, El naufragio de la humanidad. 152, Milagro de juventud. 153, A través del Bósforo. 154, ¡Paso al amor! 155, Secretos, (extra). 156, Una dama enmascarada. 157, ¡Mi tío! 158, La venus de Montmartre. 159, El aventurero. 160, La gota de sangre, (extra). 161, Gentes de Mar. 162, Por el amor y la gloria. 163, El Grumete. 164, El afán de triunfar. 165, Corazones errantes, (extra). 166, Honrarás a tu padre. 167, Injusto desprecio. 168, Abandonada en el altar. 169, Las luces del Broadway. 170, Madame Dubarry. 171; Una página en blanco, (extra). 172, Inocencia. 173, Los maridos de Edith. 174, La mujer que se olvidó de amar. 175, Muñecos del destino. 176, La luna de Israel, (extra). 177, El Huracán. 178, ¡Yo lo maté! 179, La jornada de la muerte. 180, Amor y trabajo. 181, Las alas del cariño. 182, Pacto de amor, (extra). 183, Esposas conscientes. 184, La tragedia del Carlton. 185, El señorito Primavera. 186, ¡Dispense usted! 187, Monsieur Beaucaire, (extra). 188, La lucha por la vida. 189, Después de la función. 190, La negativa. 191, La mujer que encontró amor. 192, Arabella. 193, Yolanda, (extra). 194, La venus intrépida. 195, Feria de Vanidades. 196, Raffles. 197, La noche de la batalla. 198, El pecado de volver a ser joven. (extra). 199, Mi tercio del corazón. 200, Entre las nieves de Alaska. 201, El hombre que vió el futuro. 202, La mujer del Centauro. 203, A las madres Cómo todas debéis ser. (extra). 204, Cuesta menos casarse. 205, ¡Galleguita! 206, El nieto de Don Juan. 207, El paraíso de un iluso. 208, La ley olvidada, (extra). 209, ¿Cómo educar a la mujer? 210, Teodoro y Compañía. 211, Una boda inesperada. 212, La marcha nupcial. 213, El sobrino de Australia. 214, ¡Homicida! (extra).

POSTAL FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Cha-

plin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Tamadge. 18, Tom. Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aime Simón Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry, 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, María Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compton. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Svanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, Snub Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomás Meigan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87, Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Norman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA, (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Garet Hugues. 111, Katerine Mac Donald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie.

114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mary. 117, Mac Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritzi Ridgeway. 120, George Hackatorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126, Monte Blue. 127, Bille Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Philips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswalda. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, León Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, I. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna O' Nilson. 142, Henry Krauss. 143, Lya Mara. 144, Richard Dix. 145, Vivian Martin. 146, Jean Angelo. 147, Geneviève Félix. 148, Conrad Veidt. 149, Mary Carr. 150, Al St. John. 151, Peggy Hyland. 152, George O' Brien. 153, Doris May. 154, Conrad Nagel. 155, Vera Reynolds. 156, Edmund Lowe. 157, Henny Porten. 158, Charles Jones. 159, Hella Moja. 160, Clyde Cook. 161, Baby Peggy. 162, John Gilbert. 163, Natalie Talmadge. 164, Alfonso Cassini. 165, Estelle Taylor. 166, Victor Varconi. 167, Shirley Mason. 168, Conway Tearle. 169, Ethel Grey Terry. 170, Luciano Albertini. 171, Huguette Duflos. 172, René Navarre. 173, Evelyn Brent. 174, Rod la Rocque. 175, Edythe Chapman. 176, Raymond Griffith. 177, Raquel Meller. 178, Gabriel Signoret. 179, Mary Alden. 180, Glenn Hunter. 181, Aileen Ringle. 182, Reginald Denny. 183, Constance Bennet. 184, Harrison Ford. 185, Jewel Carmen. 186, An leto Novelli. 187, Norma Shearer. 188, William Collier. 189, Mae Busch. 190, Warner Baxter. 191, Agnes Ayres. 192, Buster Keaton. 193, Dolly Davis. 194, James Kirkwood. 195, Marion Davies. 196, Lew Cody. 197, S. Lily Rand. 198, Adolphe Menjou. 199, Mary Astor. 200, Hobart Bosworth. 201, Helen Jerome. 202, David Powell. 203, Laura La Plante. 204, William Desmond. 205, Renée Adorée. 206, Walter Hiers. 207, Maude Kennedy. 208, Nigel Barrie. 209, Nina Vanna. 210, Bryant Washburn. 211, Sandra Milowanoff. 212, Charles Willy Kaiser. 213, Blanche Montel. 214, Richard Talmadge.
